



Mtro. Emilio José Baños Ardavín
RECTOR UPAEP

Estimados graduados:

Hace ya varios años, se trazaron la meta de estudiar una carrera o un posgrado en la UPAEP, y hoy toda la comunidad universitaria se enorgullece de atestiguar que esta generación ha cumplido su propósito. Este es un día muy especial donde se corona el esfuerzo constante no sólo de ustedes, sino de sus familiares, maestros y amigos que los acompañaron en este gran reto.

Han vivido la experiencia UPAEP, que busca formar integralmente líderes con alta calidad profesional y compromiso social. En este proceso, la misión de la universidad es generar las condiciones óptimas para que cada estudiante, protagonista y último responsable de su formación, desarrolle al máximo sus capacidades.

Este proceso se integra por retos que se van asumiendo en el camino, y que les han servido para constatar que cuando se lo proponen, cuando hay dedicación y esfuerzo, grandes resultados y satisfacciones no se hacen esperar. En este sentido, esta generación ha sido protagonista de logros de la mayor importancia tanto para su formación integral como para enaltecer el nombre de UPAEP a nivel nacional e internacional.

A todos estos logros hay que agregar los personales. Hoy seguramente pasan por tu mente un sinnúmero de vivencias que en su conjunto han contribuido a dar un toque particular a tu paso por la UPAEP. Todos ustedes hoy se gradúan, pero cada uno guarda una experiencia personalísima, aún entre aquéllos que hayan cursado el mismo programa con la misma velocidad y con los mismos maestros.

Así, reconociendo el invaluable acompañamiento, amistad e incluso complicidad con tus compañeros y maestros, llegas a este momento con tus satisfacciones y logros, con nuevos conocimientos y habilidades, y sobre todo con una perspectiva distinta y un sentido de vida enriquecido.

Cuando alcanzamos una meta significativa en nuestra vida, en la que nos hemos empeñado con dedicación, esfuerzo y entusiasmo, nuestra naturaleza nos llama a la reflexión. Hay momentos en que es preciso hacer una pausa, en que la vida nos pide una introspección; hoy es uno de ellos, pues has hecho cumbre. Así como el montañista al llegar a la cima contempla el paisaje que se pierde en el horizonte, hoy experimentas una gran alegría por haber alcanzado este grado académico.

Esta ocasión se presenta como una especie de encrucijada, incluso como un punto de quiebre. Hoy asistimos a una celebración que quedará marcada en tu memoria para toda la vida. Es tan trascendente este momento que en adelante muchos te llamarán según tu profesión, y así te presentarás: licenciado, abogado, ingeniero, etc. La reflexión de hoy suele estar acompañada de dos momentos. Por una parte vendrán a tu mente las múltiples vivencias y logros durante tus estudios, y por otro lado se impone ante ti una prospectiva que habrás de definir. Quisiera centrar esta intervención en este último tema, pues no cabe duda que de una u otra forma, hoy ya no eres la misma persona y tu circunstancia también es distinta a la que vivías hace unos años.

Con esta serie de resultados y vivencias, con un nuevo grado académico que incluso define parte de lo que eres, vienen a tu mente preguntas como: ¿qué es lo que sigue?, ¿cuál es el siguiente paso?, ¿qué meta he de trazarme? Más aun, ¿qué significa ser egresado UPAEP?

Antes de responder a estas preguntas tan trascendentales, es importante ubicarnos en el tiempo y espacio en el que estamos insertos, de manera que la resolución a la que cada uno llegue tenga viabilidad, y fundamentalmente para darle cabida a sus legítimas aspiraciones de lograr una vida plena y feliz.

Habría que decir en primera instancia que el entorno en el que les ha tocado vivir, presenta grandes posibilidades, a la par de grandes retos. No comparto la idea popularmente argüida en el sentido de que “todo tiempo pasado fue mejor”, porque de hecho no me parece que sea así; sin embargo esto no quita que debamos aceptar que el presente es por demás complejo.

Si observamos lo que reportan los medios de comunicación y a ello sumamos las experiencias propias, rápidamente podríamos llegar a un consenso en cuanto a cuáles serían los problemas más importantes en nuestro país: inseguridad, corrupción e impunidad, y crisis económica. Estos son en general los rubros más críticos, pero podríamos sumar los retos en materia de educación, así como el respeto a los derechos humanos y al medio ambiente. En el fondo, hay que aceptar que nos encontramos ante un serio resquebrajamiento moral en nuestra nación.

En contrapartida contamos como país con un potencial enorme, aunque en estado latente. En materia económica México cuenta con una serie de variables que le brindan un perfil altamente atractivo y competitivo: su ubicación geográfica; su capital humano capaz, trabajador y creativo; el desarrollo de sectores potentes y estratégicos como lo son el automotriz, aeroespacial, salud, y ahora con grandes posibilidades en telecomunicaciones y energía. Más allá de eso, hemos de señalar como fundamental el todavía sólido basamento

fincado en los valores familiares y solidarios que caracterizan a nuestra sociedad, aunque no suficientemente cultivados y madurados. Hay en suma una raigambre cultural que no encuentra campo fértil para florecer.

Frente a este panorama de claroscuros, el punto que continuamente se discute es por qué a decir de los hechos México pareciera estar atrapado en su problemática y no acaba de detonar sus oportunidades de desarrollo. Mucho se ha dicho que nuestro país está sobre-diagnosticado, y en parte podríamos estar de acuerdo. Se habla de la necesidad de fortalecer el Estado de Derecho, de fortalecer las instituciones del Estado y los cuerpos intermedios, incentivar el emprendimiento, de consolidar las reformas estructurales, etc. Todo esto en efecto es necesario, más no suficiente: para solventar el problema de fondo se requiere definir el tipo de sociedad que nos imaginamos, y para definirlo es preciso comenzar por la idea central: la idea de la persona, del ser humano que conforma tal sociedad.

Si analizamos nuestro derredor, comenzando por nuestro entorno inmediato, encontraremos que en última instancia el punto de fuga, el detonante de los comportamientos humanos y sociales estriba en su concepción antropológica, en su idea del hombre. Ya sea de forma deliberada o inercial, con mayor o menor grado de conciencia, la persona humana es el único ser que se auto-determina a partir de sus actos; y tales actos, son siempre producto de su libertad y voluntad.

Esta auto-determinación se fragua con la multiplicidad de acciones fruto de las decisiones que toma a lo largo de su existencia en pos de la consecución de sus objetivos y de los referentes éticos que enmarcan su comportamiento: esto es, de su sentido de vida.

Tomemos los casos de corrupción que se han exhibido en las recientes semanas. ¿Cómo explicar que funcionarios públicos y empresarios se coludan sin rubor para generar artimañas financieras para inflar el costo de las obras de infraestructura y enriquecerse con los recursos de la sociedad? ¿Cómo entender que existan autoridades cooptadas y muchas veces subordinadas al crimen, condescendiendo e incluso promoviendo el atropello de los derechos humanos de los civiles a quienes se deben, hasta privarles de la propia vida? ¿Cuál es el proceso mental, el referente moral para actuar así?

La respuesta a estas interrogantes es hasta cierto punto obvia, pero lo que en ella subyace es altamente preocupante. Es evidente que lo que rige a esas personas es la búsqueda del poder y del dinero a toda costa. Pero es importante hacer notar que estos casos que calificamos de escándalo, no son sino reflejo de una descomposición más o menos generalizada del tejido social que nadie escapa, pues no se fraguan los grandes fraudes y corruptelas si no hay un ambiente propicio para ello.

Es por esta razón que afirmamos que la crisis que enfrenta nuestra sociedad es una crisis antropológica: el hombre de hoy busca afanosamente la felicidad en cosas, experiencias y vínculos que jamás le podrán satisfacer ni llevar a la plenitud. Ni el dinero, ni el placer, ni el poder pueden ofrecer felicidad plena y auténtica. Como diría el Excelentísimo Cardenal chileno Jorge Medina, quien apenas la semana pasada nos visitó, el problema del hombre de hoy, es que vive *en una gran mentira* que parte de una falsa idea de sí mismo, de su origen y destino. Esa mentira se refleja en la soledad psicológica del individuo, atrapado en la vorágine de la posmodernidad, como también explicara nuestro obispo emérito Don Rosendo Huesca.

Frente a este panorama, el rol que juega la universidad como punto de encuentro de profesores y estudiantes cuya misión compartida es la investigación, difusión y defensa de la verdad, resulta crucial. Pocas instituciones como ella tienen la posibilidad de responder a los retos de las sociedades contemporáneas. Es en la universidad donde se sopesan las verdades definitorias del hombre y de la sociedad; es en ella donde se expanden los ámbitos de libertad y donde se proyectan las nuevas rutas hacia la construcción de mejores estadios, desarrollo y enriquecimiento cultural. Más aún, este ideal se hace vida permanente en la figura del egresado, pues en él se encarna la misión del “*Alma Mater*” o “Madre Nutricia”. Y es que la verdad es como la sabia que edifica el espíritu de tal forma que, una vez embebido en ella, el auténtico universitario la abraza de por vida; es por ello que

haciendo eco del Ideario UPAEP, afirmamos que: “el que es universitario, lo es para siempre.

Pues bien, si reconocemos este rol de la universidad y con ello el de sus egresados, habría que tomar en serio los no pocos cuestionamientos dirigidos hacia las instituciones de educación superior en cuanto a qué tanto son realmente consecuentes con su misión. Siendo objetivos, hay que decir que la universidad, tanto a nivel global como en nuestro país, no siempre ha estado a la altura de las expectativas que legítimamente se tienen en ella. Durante las últimas décadas las universidades han permitido, y muchas veces promovido, seudo-corrientes de pensamiento despersonalizantes, que nulifican la dignidad del hombre, le inducen al aislamiento y le hacen incapaz de asumir compromisos que le forjen un destino. Nadie debe tomarse por sorprendido entonces por el deterioro de nuestras sociedades, y en particular de nuestro México. Individualismo, relativismo e indiferencia, son producto de una gran mentira que tiene postrada a gran parte de la sociedad, por lo que precisa ser desenmascarada.

En contrapartida, observamos con esperanza que a raíz de estas reflexiones se percibe una toma de conciencia generalizada, y con ello un ajuste en el quehacer de esta paradigmática institución. Como ejemplo de ello, durante este ciclo escolar participamos en dos magnas reuniones, una de cerca de 1,400 rectores de universidades

iberoamericanas en Río de Janeiro, y otra con la participación de 1,700 rectores de universidades norteamericanas en Washington D.C., donde el hilo conductor en ambas fue el papel irrenunciable que tiene la universidad de ser faro para la transformación del entorno, a partir de la formación de profesionales responsables y comprometidos con la sociedad.

En el ámbito nacional, a inicios de este mes se celebró la asamblea anual de FIMPES, Federación de Instituciones Mexicanas Particulares de Educación Superior y que agrupa a las universidades más prestigiadas del país. El tema central: la importancia de fortalecer la educación en valores para un efectivo impacto social.

Este creciente despertar es de suyo plausible, pero corre el riesgo de terminar en un cúmulo de buenas intenciones que, si no está bien cimentado, sucumbiría con la primera ventisca.

Imagino que en estos instantes más de uno podrá cuestionarse qué relevancia tiene esta disertación para el momento que viven hoy que se gradúan. Pues bien, no exagero al afirmar que esto es absolutamente fundamental, porque tiene que ver con su proyecto personal, que a querer o no, pasa necesariamente por la idea que cada uno tiene de sí mismo y de su entorno, de su sentido de vida y en última instancia de su **felicidad**.

Decíamos que el deterioro social que vivimos tiene su raíz en el extravío del hombre de hoy, que no se encuentra a sí mismo. Los problemas sociales no surgen por generación espontánea, tienen su concreción en la persona, en un hombre o mujer en particular. Por la necesaria condición de ser sociable, y de acuerdo al marco valórico de cada uno, se generan las múltiples interacciones que forman, o deforman, el tejido social. Es por ello que no se puede hablar de valores, ni mucho menos de recomponer la armonía social, sin definir la idea de persona, sin una antropología filosófica concreta. Un sistema educativo serio debe partir de una concepción filosófica clara, de lo contrario sería un engaño, o una charlatanería. Evadir hablar de una antropología específica, permite luego postular como valor cualquier ocurrencia.

En la UPAEP hemos asumido, desde su fundación hace 42 años, los postulados del pensamiento social cristiano como la columna vertebral de nuestra propuesta educativa. Éste parte de una visión trascendente del hombre, que tiene una altísima dignidad dada por su carácter de criatura hecha a imagen y semejanza de Dios. A este respecto hay que decir, como lo recordaba el citado Cardenal Medina, que no hay ninguna civilización significativa en la historia de la humanidad, que no haya reconocido la existencia de un Dios que trasciende pero que vincula íntimamente al hombre. Tal dignidad se registra de forma irrefutable en cualidades únicas que diferencian al hombre de cualquier otra criatura: desde la conciencia de ser, pasando por su

inteligencia, voluntad y libre albedrío; su capacidad co-creadora y comunicadora, su libertad y su afán de buscar trascender.

Ligado a esta dignidad, la otra característica connatural al hombre estriba en su sociabilidad. El hombre no solamente requiere de los otros para su supervivencia, sino que encuentra en sus semejantes la posibilidad de realizarse, comenzando por la libre donación mutua de hombre y mujer en la familia, y culminando con el estado virtuoso que supone la entrega de sí para servir al prójimo.

Sólo cuando actúa conforme a su naturaleza, nos dice Santo Tomás de Aquino, el hombre encuentra el sentido de su existencia. Dicho en otras palabras, sólo una vida fincada en la asunción de la propia dignidad, y con ello en el sentido de alteridad, encuentra la verdadera felicidad.

El despliegue de estas dos dimensiones de la naturaleza humana, es lo que denominamos *bien común*. El bien común es el predicado de la naturaleza, la acción propia del hombre cuando atiende estos dos principios fundamentales. De hecho, por contradictorio que pudiera parecer, el auténtico bien común nunca se contrapone al bien particular, como tampoco el bien particular se opondrá al bien común.

El bien de una persona, de una familia, de una comunidad, no sólo no se contrapone sino que se enriquece y toma sentido cuando se armoniza con el bien común. La lógica del bien común es una hoja de ruta, una auténtica filosofía de vida.

Queridos jóvenes universitarios, el mundo que los espera allá afuera, ya lo hemos dicho, presenta grandes retos. Este México plagado de injusticias, violencia y corrupción, está ávido de propuestas que le devuelvan la esperanza y sobretodo, precisa de testimonios de vida congruentes con un pensamiento genuinamente humanista y trascendente.

Estos conceptos son los que soportan la misión UPAEP: *“Crear corrientes de pensamiento, y formar líderes que transformen la sociedad integrando fe, ciencia y vida”*.

Ustedes están llamados a darle vida a la misión de la UPAEP, creando corrientes de pensamiento basadas en la verdad de lo que es el hombre, con su dignidad y alteridad. Están llamados a ejercer un liderazgo basado en el servicio a los demás, pues eso es lo que verdaderamente enriquece a la persona. Están llamados a poner en juego todo su talento y su saber, para dar testimonio congruente y valiente de la verdad. En esto radica la encrucijada que hoy enfrentan: abrazar esta verdad, o darle la espalda.

El reto que hoy les toca asumir, es el de vivir una vida plena y feliz basada en el servicio para la efectiva construcción del bien común. Esta es la verdad ante la cual palidece la gran mentira del hombre de hoy. Esta es la verdad que posibilita la auténtica transformación del hombre que sale al encuentro de su prójimo para socorrerlo, para acompañarlo, para servirlo. Esta es la verdad que constituye roca firme para la construcción de una patria justa y solidaria. En definitiva, esta es la verdad que posibilita las mociones más nobles del hombre.

Muy estimados jóvenes egresados UPAEP, este tiempo es para los audaces que sueñan con un México distinto y que están dispuestos a defender la verdad con valentía. Hoy tienen la gran responsabilidad de hacer realidad su sueño, poniendo en juego todo su talento y liderazgo en pos del bien común. No tengan miedo a optar por el camino de la verdadera felicidad, que no será el camino fácil, pero sin duda será el más satisfactorio.

Sepan finalmente que en esta tarea no están solos, cuentan con el cobijo inefable de Aquélla que aceptó y asumió la Verdad con toda radicalidad y que desde el Tepeyac nos dice: ¿No estoy Yo aquí, que soy tu Madre?, a Ella nos confiamos y nos encomendamos.

Muchas felicidades y que Dios los bendiga siempre.